

***CAYENDO
AL VACÍO***

***NEIL
BROADFOOT
CAYENDO
AL VACÍO***

Título original: *Falling Fast*
Editado en Escocia por Saraband

Primera edición: 2017

© Neil Broadfoot, 2014
© traducción: Ester Molina, 2017
© de esta edición: Bóveda, 2017
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
www.editorialboveda.com
ISBN: 978-84-16691-44-9
Depósito legal: SE. 545-2017
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Hace casi veinticinco años, le hice una promesa a una mujer muy especial, así que esta novela está dedicada a mi abuela, Edna Wright, que probablemente habría necesitado un whisky con limonada («Pero uno corto, John») después de leer sobre todos los inútiles sinvergüenzas que he ideado pero que, igualmente, habría estado orgullosa de mí.

POR UN INSTANTE CREYÓ QUE SE HABÍA CONVERTIDO en el ángel que él siempre le había dicho que era. Allí suspendida —el tiempo condensándose a medida que la ciudad se iba desplegando hacia el horizonte, el aire frío secándole los pulmones— se sentía como si pudiera alcanzar el impecable azul del cielo de noviembre y acariciar el mismísimo paraíso.

Allí arriba, lejos de las discusiones, el miedo, el odio..., había encontrado al fin la paz que tanto tiempo atrás la había abandonado. Sonrió al darse cuenta de que había llevado razón todo el tiempo. En aquel momento del pasado le había parecido un ingenuo, pero ahora era consciente de que lo que le decía era cierto; lo único necesario era tener fuerza para creer.

Fe.

Sin embargo, en lugar del paraíso, era el infierno lo que la reclamaba. Se le revolvió el estómago cuando la gravedad tiró de ella bruscamente hacia la tierra y se precipitó

hacia el suelo a toda velocidad. El viento aguerrido le arañó los ojos y la obligó a mantenerlos abiertos mientras aullaba en sus oídos y conseguía eliminar cualquier otro sonido, incluso el de su propio grito ahogado.

* * *

Brian Edwards se adentró en los jardines de Princes Street por la zona este, por la entrada próxima al monumento a Scott, esquivando a las personas sin reparar en ellas mientras buscaba con la mirada algún lugar para sentarse, comerse el almuerzo y admirar las vistas para intentar no pensar en el trabajo, que cada vez odiaba más; la pantalla del ordenador y las llamadas al servicio al cliente que tendría que devolver en tan solo una hora... Había visto a varios trabajadores en traje de camino y todos tenían el mismo aspecto anestesiado que reconocía cada vez que se miraba al espejo en el trabajo. ¿Eso era en lo que se había convertido con veinticuatro años? ¿En un esclavo de su salario más que deambulaba por el sector financiero de Edimburgo, que se aferraba a cualquier empleo de mierda como a los restos del naufragio del Titanic después del impacto con el iceberg de la recesión? ¿En alguien demasiado miedica para salir de aquello, que pasaba los días tecleando números y poniendo su mejor voz de «Estamos para ayudarle» del servicio al cliente mientras rellenaba sus libretas con garabatos de sillas enganchadas a baterías de coches y pantallas de ordenador explotando en una nube de cristal y humo?



Al ver un hueco libre en el césped junto al monumento, Brian fue hacia allí rápidamente. Había dado apenas dos pasos cuando estalló el grito y se quedó petrificado. Miró a todos lados con el corazón a mil por hora por el sobresalto mientras intentaba vislumbrar quién había gritado y por...

Oyó un impacto a su izquierda, como si Dios le hubiera dado una palmada en el oído, cuando aún no había dejado de temblar, y algo cálido le salpicó el costado izquierdo y la mejilla. Brian se tambaleó, perdió el equilibrio y cayó de golpe al suelo. Se oyeron más gritos, que ahogaron el bullicio del transporte público y los coches que recorrían Princes Street. Gritos de miedo y pánico, ahogados, enmudecidos por algo espeso que se concentraba en las gargantas de quienes habían recibido la peor parte. Llantos de histeria... Todo ello acumulándose en torno a los sentidos adormecidos de Brian.

«No, Dios, no, no».

Un bebé comenzó a lloriquear hasta tornar su llanto en un grito agudo, como el de la fresa de un dentista.

—... llamen a una ambulancia...

—... no se puede hacer nada...

—... a vomitar...

Levantó la mano para intentar limpiarse lo que fuera que le había salpicado la cara y comprobó que la tenía manchada de sangre. En ese momento, Brian sintió cómo todo el calor abandonaba su cuerpo.

«¡Un disparo!», le gritó su mente.

Varios días antes había leído en el *Capital Tribune* que algunos grupos de gamberros se dedicaban a ir por la

ciudad disparando a diestro y siniestro con pistolas de aire comprimido. Desde entonces, salía con miedo a la calle.

«Te han disparado. Algún imbécil de mierda con una pistola de aire comprimido te ha alcanzado y...».

—¡Ayuda! —gritó Brian con la voz aguda y temblorosa—. Ayúdenme, por favor, alguien...

Enmudeció cuando miró hacia el lugar de donde había venido el estruendo. A su izquierda...

«Oh, Dios, Dios, no, por favor. *Nomiresnomires...*».

Pero tenía que mirar, y cuando lo hizo contempló la escena con una claridad tan aterradora que creyó que lo volvería loco.

Había un cuerpo en el suelo, a unos centímetros de él, contorsionado y destrozado. Los huesos salían de varias partes del mismo como si fueran las púas de un puercoespín, y atravesaban la carne y la ropa mostrando un tono blanquecino fantasmagórico y brillante al débil calor del sol de mediodía. Envuelto en el terror y la adrenalina del momento, fue como ver la escena a través de un microscopio. Distinguió, entre los diminutos hilos de tela, la sangre y la piel desgarrada, todo ello colgando de algunos huesos como si fueran pequeños arroyos de sangre.

Lo único que quería era apartar la mirada, pero no podía. Sentía cómo las imágenes iban haciéndose hueco en su mente y supo que las volvería a visualizar durante el resto de su vida. Pero, entonces, centró la mirada en la cabeza del cuerpo que yacía en el suelo y sintió como si la mente le hubiera asestado un golpe certero, incluso para desear su propia muerte.

«*NomiresnomiresporDiosbenditoBriannoMIRESa-la...*» cabeza, que había quedado completamente abierta por el impacto. Brian intentó contener el grito que se gestaba en su mente y dirigió la mirada a la masa de sangre oscura, casi negra, y a los sesos...

«Copos de avena con mermelada de grosella negra», pensó, y soltó una risa socarrona.

A la luz del sol, aquello resplandecía entre masas coaguladas de lo que parecía cabello rubio. Se pasó de nuevo las manos por la cara...

«*Sangreysesossangreysesossangreysesos*».

... sabiendo ya lo que iba a encontrar al limpiarse.

A lo lejos, sonó una sirena; Brian la distinguió con dificultad entre los gritos que rugían en sus oídos y empezó a limpiarse desesperadamente, intentando quitarse la sangre.

«... *y sesossangreySESOS*».

Le resbalaron lágrimas por las mejillas hasta que, finalmente, comenzó a gritar. Su propia sangre —que le manaba de las heridas de la cara y las manos— se mezclaba con la de quien fuera que hubiera salido despedido del monumento a Scott y caído a unos pocos centímetros de él.